

DOCE NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses . . . . . 9 rs.  
Seis id. . . . . 16 "  
Un año . . . . . 30 "

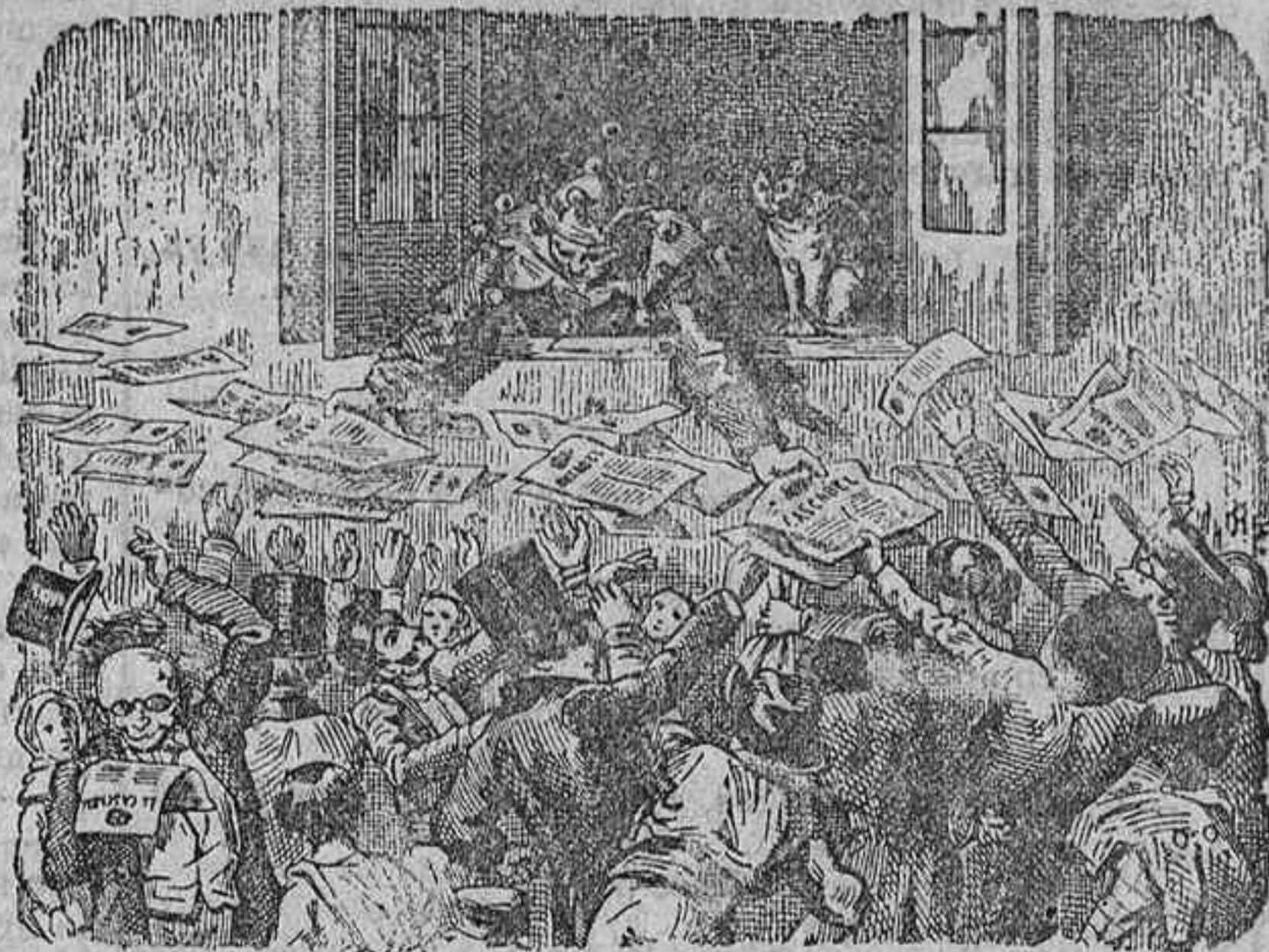
PROVINCIAS.

Tres meses . . . . . 18 "  
Seis id. . . . . 34 "  
Un año . . . . . 64 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

Examinado en la Fiscalia el viernes 13.



REGALOS A LOS SUSCRITORES:

Literatura, ciencias y artes.

PRECIO.

EXTRANJERO.

Tres meses . . . . . 25 rs.  
Seis id. . . . . 45 "  
Un año . . . . . 85 "

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.  
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 109.

AMÉRICA.

Seis meses . . . . . 25 rs.  
Un año . . . . . 45 "

FILOFINAS.

Seis meses . . . . . 25 rs.  
Un año . . . . . 45 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL CATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## COSAS DEL DIA.

Hace un frío de padre y muy señor mío, un frío que me río yo sin ganas de tanto tiritar.

El frío de la atmósfera se comunica á todo.

Los periódicos están de tal manera frios, que se queda uno helado si los coge.

Los liberales vienen frios como sorbetes; *La Correspondencia* fría tambien; los ministeriales procuran á su modo hacernos entrar en calor, pero en vano; los únicos que vienen calentitos son los realistas, y ya quisieran ellos calentarnos y hacernos bailar en medio de algun brasero, como aquellos del tiempo de su patrono el señor don Felipe II, de eterna memoria.

Y no quiero decir nada de los periódicos humorísticos, porque estamos tan frios, que apenas queremos soltar un chiste, se nos queda helado desde la redaccion al Gobierno de la provincia.

El frío de este invierno dicen que es más intenso que el de otros años.

Nó, señor; el frío que hace este año que demos diente con diente, es el frío propio de la estación, solo que á este frío se junta el frío de la política, el frío de las asuntos comerciales, el frío de los bolsillos de las personas que viven únicamente de su trabajo, el frío de las economías que hay que hacer por pecados de todos, el frío que lleva á los estómagos la carestía del pan y de otros precisos alimentos; y con todos estos frios, ¿quién demonios no ha de sentir este año más frío que ninguno?

Contra estos frios no hay mas que dos remedios: abrigarse y tener paciencia.

Tener paciencia, es todavía más eficaz remedio.

Este remedio me sostiene á mí; si no, desde Julio del año pasado acá, ya he tenido bastantes ocasiones de reventar como un triquitraque.

En fin, paciencia.

Dicen los periódicos que están al tanto de la salud pública, que ahora, con estos frios, hay más enfermos que cuando el cólera.

¡Noticia fresca! Ya lo creo, como que esto es peor que el cólera.

Todo el mundo está malo.

Sale V. á la calle, y encuentra V. á uno.

—¡Hola! ¿cómo está V.?

—Con un dolor de muelas que no me puedo lamer. Ahora mismo voy á que me las saquen todas, y me dejen la boca como un porta-monedas sin estrenar.

Sigue V. andando y encuentra V. á una dama.

—¿Y aquel caballero? la pregunta V., aludiendo á su esposo.

—Calle V., si está con anginas hace ocho días, y de un humor, que me salgo de casa á ver tiendas, porque no se le puede aguantar.

Se pone V. á hablar en la calle con un amigo sobre la escandalosa disputa de *La Lealtad* y *La Regeneración*, y á los pocos minutos tiene V. que despedirse del amigo, porque éste, á fuerza de estornudarle á V., le está poniendo hechas una lástima las barbas, la corbata y la camisa.

Va V. á suscribirse á *La Constancia*, entra V. en la administracion, se quita V. el sombrero, al ver que allí son diputados hasta los que hacen el engrudo para pegar las fajas; de pronto se abre la puerta, que está en frente de otra puerta, y entra Necedal, y á su lado se cuele una pulmonía, que estaba esperando ocasion, y le atraviesa á V. de parte á parte; y se va V. á su casa un poco alicaído, se mete V. en la cama, llaman al médico, viene, y dice que se va V. por la posta;

hace V. testamento, dejando en herencia á su mujer, la suscripción á *La Constancia*, y se muere V. como un caballero.

Ve V. venir por la acera de enfrente á otro amigo, gran bailarín, elegante, de esos que van de fraquecito al Real, con el pesuezo escotado, enseñando una nuez más gorda y puntiaguda que las de las ferias, y le ve V. moverse trabajosamente, apoyado en un baston y con el tapabocas hasta los ojos.

—¿A dónde va V. tan recatado? le dice V. ¿Está V. esperando alguna conquista?

—Calle V., hombre, bastante conquista tengo con estos dolores de reuma que se me han metido en el cuerpo. Salí la otra noche á despedir hasta el coche á la duquesa de la Jalea, y desde entonces parece que me están pegando carteles con alquitran en la espalda, y que en el pecho me están imprimiendo la *Gaceta*, según la opresión que siento, y no puedo respirar, y me salgo al sol, por no tirarme desde el balcon de mi casa á la calle, desesperado.

Da V. la mano á una hermosa y se la estrecha V. con efusion, que siempre sabe bien estrechar una mano perteneciente á un cuerpo bueno, y la niña da un grito, y la retira, como si le hubiese picado una abispa.

Como que le ha apretado V. unos sabañones muy hermosos, que no han respetado sus delicadas manos.

En fin, no hay para qué enumerar todos los alifafes que padecemos en este dichoso mes de Diciembre, pero en una casa si y en otra tambien, hay alguna persona indispueta.

Basta con decir que hasta de los ministros suelen decir los periódicos enterados, que están más ó menos indispuetos, unas veces uno y otras veces otro.

Cuando hasta á los ministros llegan las enfermedades de la estación, figúrense VV. si tendrán alcance.

Todo esto se lo he dicho á VV., porque no tenía otra cosa que decir, y para que se cuiden VV., que lo principal es tener salud, aunque no se tenga otra cosa.

\*\*

Los pavos se pronunciarían de buena gana, si estuviesen tan echados á perder como los políticos, y no tuvieran un poquito más de miramiento que los que se llaman modestamente reyes de la naturaleza.

¿Y saben VV. por qué se pronunciarían? Porque se les ha prohibido pasear en bandadas por las calles de Madrid.

Era la única satisfaccion que tenían los pavos. Antes de morir,—después no podría ser,—daban su paseo por Madrid, y veían, como quien dice, el mundo.

Ahora, apiñados en la Plaza Mayor, saldrán de allí con destino á la cazuela, sin tener el menor esparcimiento.

Por supuesto, que el paseo de los pavos por las calles, me parecía á mí muy higiénico, porque esa vida poltrona en los rincones de la Plaza Mayor, no puede ser favorable á la importante salud de los pavos.

El ejercicio es siempre saludable, y los pavos no podrán menos de resentirse de la falta de ejercicio.

Y tambien creo yo que se resentirán los paveros que, paseando con su ejército por las calles, vendían algun que otro pavito, así al paso.

En fin, tened paciencia amables pavos; mucho más os valiera ser zuavos,

á las órdenes del intrépido redactor de *La Esperanza*.

## LETRILLA.

Del Gobierno quiero hablar  
y decir la opinion mia  
sobre el modo de mandar

que se está usando en el dia....  
pero... más vale callar  
y contárselo á mi tia....

Del estado del país,  
que no es un grano de anís,  
voy á hacer una elegía  
que se oiga aquí y en París....  
Antes, si lo permitis  
se lo contaré á mi tia....

De las Córtes hablaré  
con toda la cortesía,  
que en casos tales usé,  
pero por si es osadía,  
antes, lectores, iré  
á contárselo á mi tia.

*La España* y *El Español*,  
ministeriales del dia,  
bien merecen ¡voto al sol!  
un satirilla mia,  
mas... voy al Circo de Paul (1)  
á contárselo á mi tia.

Del estado floreciente  
de la prensa algo os diría,  
aplaudiendo francamente  
el buen sistema del dia;  
pero creo más prudente  
ir á contarlo á mi tia.

De buena gana os diría  
algo de pública Hacienda,  
pero dudo que se entienda  
sobre eso mi algarabía....  
Por si no hay quien la comprenda,  
se lo contaré á mi tia.

Lo que en política erco,  
y la pobre opinion mia  
sobre el Gobierno, deseo  
poder decir algun dia....  
Hoy, otro medio no veo  
que decírselo á mi tia.

## EL GRANO DE TRIGO.

I.

Cuando las violetas, al soplo de las primeras auras primaverales, se estremecían agitando sus pálidas corolas entre la yerba de los jardines, humedecida por el rocío de la noche; cuando la blanca nieve de las montañas descendía desde las altas cimas convertida en bullidores y claros arroyuelos; cuando los campos comenzaban á reverdecer y las hojas á asomar en las ramas de los desnudos árboles, una bandada de alegres gondrinas, de esas benditas aves, nuncios de paz y ventura, regresaban al nido que muchos años antes formaron sobre la saliente cornisa que rodeaba la ventana del cuarto donde habitaba Amparo.

(1) Se lee *Pol.*

Esta, apenas iluminaba el horizonte la pálida luz del alba, se asomaba á la ventana, y sonriente como el cielo de primavera que se extendía ante sus ojos, esparcía en el alféizar algunos granos de trigo.

Las golondrinas, cantando alegres y batiendo las azuladas alas, bajaban á disfrutar de aquel sencillo banquete que la inocencia les ofrecía.

Amparo las contemplaba satisfecha, y cuando ya no quedaba ni un solo grano sobre el alféizar, las seguía con la vista hasta que se perdían en la altura.

II.

Un día, al esparcir el trigo como de costumbre, cayó un grano desde la ventana al suelo de la huerta, no cultivada por aquel sitio, húmedo con la lluvia que durante la noche se había desprendido de unas nubes pasajeras.

Aquel grano fué á dar en un hoyuelo practicado en la tierra por la casualidad, y ésta hizo también que un pequeño terron cayera sobre él, sepultándole.

Pasó el tiempo; lanzó el sol de estío su fuego creador; el grano produjo verdes aristas que asomaron en la superficie de la tierra y crecieron; entre las aristas brotó una menuda espiga; la espiga produjo granos, y éstos, cuando empezaban las hojas á tornarse amarillas, cayeron secos ya de la espiga; dióles abrigo la tierra; humedecióronse con los lluvias de otoño, y produjeron todos nuevas aristas, que asomaron al llegar la primavera.

III.

Los años corrieron, creció la niña Amparo y el amor llamó á la puerta de su estancia, y la inocencia, extendiendo sus alas, huyó de allí ante la presencia del amor, y con ella la tranquilidad, la calma de la doncella, cuyo rostro palideció poco á poco, pintándose en él la agitación de que era presa.

Desde entonces las golondrinas no tuvieron más trigo sobre el alféizar de aquella ventana, y en vano toda la alegre bandada revoloteó ante los vidrios. Amparo la miraba, al parecer, sin verla.

IV.

Por fin, la doncella fué esposa del que adoraba, y continuó siendo dueña de aquella casa, donde se habían deslizado tranquilos, hasta que el amor llegó, los primeros años de su vida.

Después fué madre.

V.

Un día de primavera, algunos años más tarde, Amparo, acompañada de su anciano padre, y llevando de la mano á su hijo, paseaba por la huerta, cuando el sol se ocultaba dorando con sus últimos rayos el horizonte.

De pronto se paró, sorprendida, bajo la ventana de que ya hemos hecho mención.

En aquel sitio se elevaban gallardas, verdes aun, numerosas espigas, que prometían rico fruto para algunos meses después.

—¿Quién habrá sembrado este trigo? exclamó Amparo.

—Nadie, hija mía, dijo entonces su padre aproximándose á ella; la mano de Dios. ¿Olvidaste ya la costumbre que antes de casarte tenías? ¿No despiertan en tu memoria algún recuerdo esas golondrinas que se anidan sobre la ventana de tu antiguo aposento?

—¡Ah! ¡es verdad! exclamó Amparo. Y no he vuelto á acordarme de ellas. ¡Pobrecitas!

—Pues bien, continuó el padre: yo ví nacer la primera espiga que brotó en este sitio, á causa, indudablemente, de algún grano caído desde la ventana de tu aposento. Los granos de aquella espiga produjeron otras, que á su vez crearon con los suyos, en el transcurso de los años, todas estas que ves.

Dime, hija mía, si en vez de haber esparcido en el alféizar de tu ventana granos de trigo, hubieras puesto semilla de alguna mala yerba y un grano de esa semilla hubiese caído sobre este suelo, ¿qué veríamos ahora?

La sorpresa que este sembrado te causa, sírvate, Amparo, de ejemplo para la educación de este niño, dijo el anciano acariciando á su nieto, que le escuchaba atentamente. Siembra aquí buenos consejos, y ellos te sorprenderán más tarde, presentando á tus ojos frutos de bendición.

M. RAMOS Y CARRION.

LA VIDA DE LOS ANIMALES.

Sus instintos, sus costumbres, sus vicios, sus buenas acciones, su martirio, sus principios políticos, sus picardías, etc. etc.

LOS PAVOS.

—Pero amigos, ¿sabréis decirme á dónde vamos?  
—No sé.  
—Yo tampoco.  
—Ni yo.  
—Anoche salimos del pueblo de nuestro nacimiento, y andando andando, hemos debido ya recorrer mucho camino.  
—No sé si iremos pronunciados.  
—No lo temas, nosotros somos los animales más pacíficos del mundo.  
—O mucho me equivoco, ó vamos á Madrid.  
—¿Y qué vamos á hacer en Madrid?

—Acaso habrá revista de pavos.  
—Por eso, sin duda, iremos de frá.  
—Es claro.  
—Mira, compañero, no nos quedemos atrás, que el pavo es muy bruto, y me acaba de largar un palo atroz.  
—Oye tú, pavita, no vayas al lado de ese, que ya sabes que no quiero verte coquetear con otro pavo.

—Esto es Madrid.  
—Bonito país. Apartaté que te va á coger ese coche...  
—¡Anda! que lluvia de palos descarga sobre nosotros nuestro general pavo... No nos separemos de las filas, compañeros.  
—¿Qué es esto?... ¿Por qué me coge de las patas este hombre?...  
—Mirad, mirad, amigos, cómo ese señor toma á peso á un compañero nuestro.  
—Venticuatro reales ofrece por él.  
—Esto es que nos venden.  
—¡Traición! ¡traición!  
—¡Anda! ¡anda! ¡más palos! ¡Eso es para que la echéis de patriotas!  
—Ese hombre se lleva á nuestro compañero debajo de la capa... Mirad, mirad cómo asoma la cabeza y nos hace guiños de despedida.  
—¡Ay de mí! ¡era mi novio!  
—Por novio no te apures, pava resalada, que aquí estoy yo... ¿Qué más te da un pavo que otro?...  
—¡Ay! para una pava decente, no son iguales todos los pavos.

—Esta es la Plaza Mayor, aquí está nuestro cuartel general.  
—Es verdad, aquí están todos los pavos del mundo.  
—¡Eh! no os paseis á otra manada, que va á haber palos.  
—Y á todo esto, ¿cuándo comemos?  
—¿Oís lo que grita nuestro pavo?...  
—Sí; dice, — ¡Pavos cebados!  
—No nos llama á nosotros, porque nosotros no estamos muy cebados que se diga.  
—Yo no veo de hambre.  
—Yo sí veo, pero no me puedo tener.  
—Otra venta, compañeros... y es mi pava la que van á vender... ¡Oh! ¡no lo consentiré! abridme paso, que voy á salvarla... ¡Canario! ¡qué palo me han dado!  
—No nos dan más razón que el palo.  
—Allí se lleva la pava al hombro un gallego. ¿Podréis explicarme qué significan estas ventas?  
—Ahora lo verás, que ya te cogen á tí.  
—¿Qué dice esta mujer?... ¿que estoy flaco?... ¿Y qué le importará á ella?... ¿Y mi amo dice que estoy gordo, que estoy cebado?... ¿Si se estilará ahora cebar los pavos no dándolos de comer? porque á nosotros así nos ceban... Esto es hecho, me lleva consigo... Pues señor, esta es la disolución de los pavos. Abur, compañeros, expresiones á mi parienta, que se quedó en el pueblo en estado interesante. Decidla que no le será infiel. ¡También es mucho que me han de llevar cabeza abajo!... Si no me da un ataque cerebral, será un milagro.

—¡Ay! ¡infeliz de la que nace pava! En esta cárcel estoy desde ayer, en este rincón, con las patas atadas, y sin poderme mover. En la Plaza Mayor estaba yo con mis compañeros, oyendo las galanterías de aquel pavo buen mozo, que ya iba á arrancarme el suspirado sí, cuando un hombre me cogió, me empezó á tentar deshonestamente, — que nadie sabe la vergüenza que yo pasé, — y allí, en presencia de mi amante, me compró, me entregó á un gallego, que me trajo aquí, y aquí me encerró... Estoy desfallecida, nada he comido, nada he bebido... tengo frío y hambre... Voy á ver si puedo arrastrarme hasta la puerta de esta prisión, á ver si oigo algo, á ver si puedo saber cuál va á ser mi suerte... Esta debe ser una prisión de Estado... Mis hermanos también fueron llevados por personas desconocidas... No hay duda, esta es una persecución contra toda nuestra ilustre familia... ¡Triste condición del mundo! Los débiles siempre supeditados á los fuertes. Una pava no se mete con nadie, y porque ha nacido pava, se ve perseguida, encausada... ¡Ah! se abre mi prisión... Es que entra otro preso... ¿Será pavo? ¿será pava?...

—Pavo soy.  
—¡Ay! ¡un pavo! ¡qué vergüenza!  
—No temas, hermosa doncella, yo soy un pavo viejo, y además, la ocasión no es la más oportuna para que me atreva á ofender tu recato... Si estuviéramos libres, otra cosa sería, que, aunque soy viejo, tengo tan buen gusto como el primero.  
—¡Oh! pavo venerable, esas palabras me consuelan y alientan! Dadme á besar vuestra ala derecha.  
—Déjame de besos ahora, que estoy muy alicaído.  
—¿Por qué motivo venís preso?... ¿Es por causas políticas?  
—No, hija, yo no me meto en eso; pero soy pavo, y basta.  
—¿Qué daño hacemos los pavos?  
—Ninguno; por eso precisamente nos buscan y nos matan...  
—¿Nos van á matar?  
—Sin remedio, y á comernos luego.  
—¿Será posible? ¿Y cómo lo sabéis?  
—Hija, es una horrible historia. El año pasado vine yo á Madrid, compré una viuda, que me regaló á un

maestro de escuela, el maestro de escuela me regaló á un médico, el médico á una vecina huérfana, que siempre estaba mala, y sin duda por eso el médico estaba en su casa todo el día; la vecina á un prestamista que la facilitaba todos los meses la paga adelantada, el prestamista al comadron que había asistido en el parto á su mujer, el comadron á un catedrático de cirugía, el catedrático al mismo maestro de escuela en cuyo poder estuve antes, el maestro á un empleado en Instrucción pública, el empleado á su patrona, la patrona al que le servía de hombre bueno cuando citaba á juicio á algún huésped, el hombre bueno á su casero, á quien no pagaba hacia ya meses mayores, el casero á la portera, que era guapa, la portera á un ordenanza, y éste á una ama de cría, con quien estaba en amorosas relaciones, y el ama de cría me volvió á vender á mi dueño primitivo en la Plaza Mayor. Mi dueño me reconoció y me volvió al pueblo; pero este año me ha vuelto á traer, y ya me ha vendido.

—Mucho mundo habeis visto.  
—Sí, y llevado de casa en casa, he averiguado que por ahora, todos los años, los pavos son sacrificados á la humana glotonería. Este año no me sucederá lo que el pasado.  
—Si al menos tuviera yo esa fortuna...  
—Desengáñate, hija mía, y no la desees, porque de nada te serviría. Por más vueltas que dé un pavo, su fin no varía: no puede ser otro que el de ser degollado y comido.  
—¡Qué horror!  
—Consuélate con que en la tierra todo tiene fin. El hombre que nos come este año, el año que viene se lo comen los gusanos. Mi experiencia me ha hecho pavo filósofo, y espero la muerte sin temor. A todos nos llega nuestro día.

Los pavos caemos en Navidad; los hombres caen á toda hora, cuando menos lo piensan, cuando más se alegran con el porvenir, cuando más seguros se creen.

LOS APUROS.

ESCALA... AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS.

—Si de millones tres no alcanzo un préstamo  
Para ocultar mi déficit enorme,  
Con mis deudas me marcho al otro mundo,  
Y aquí se quedarán mis acreedores.

—Ni á duros cien, de mi mezquina renta,  
Subirán este mes los que me sobren;  
La joya vale mil... si no la compro,  
¡Qué cara va á poverme aquella pobre!

—Abono en el Real, cuenta á Madame,  
Perfumería, servidumbre y coche;  
Tendremos que pedir... porque es preciso  
Hacer este verano un viaje á Londres.

—Enfermo y sin caudal; ¡y á aquellas aguas  
Me aconsejan que vaya los doctores!  
¡No las podré tomar! para tomarlas,  
Antes dinero es menester que tome.

—Si el caballero aquel, media peseta  
No me da de limosna en esta noche...  
Mas nada, rostro mio, aunque en ayunas,  
¡Mi dignidad conserva!... ¡soy un hombre!

—¡Hijo del alma! ¡muerto! y yo tan misera.  
Que en la fosa común tu cuerpo esconden,  
Y allí desapareces... ¡ni una tumba  
Para que esta infeliz se incline y lllore!

Va en esta escala traza lo,  
Aunque en versos harto duros,  
De los humanos apuros  
El conjunto abigarrado.  
Pobre y rico, el no logrado  
Placer codician beodos;  
Y así hace Dios por mil modos,  
Que todos sintiendo el hecho  
De ese afán no satisfecho,  
Se queden iguales todos.

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

CASCABELES.

Hoy tomará solemnemente en el Paraninfo de la Universidad el grado de doctor en medicina y cirugía, nuestro querido amigo el joven profesor don Eduardo Castillo de Piñeyro, uno de los más brillantes alumnos de la Facultad de Madrid, que ya se ha dado á conocer muy ventajosamente entre una numerosa clientela. Le apadrina el conocido Dr. señor Santero. Damos la más cumplida enhorabuena á nuestro amigo y á su apreciable familia.

Hemos notado que algunos periódicos son tan faltos de memoria tratándose de los nombres de los artistas del teatro Real, que solo al cabo de algunos meses nos enseñan los verdaderos nombres de aquellos cuando son nuevos para el público.

Por ejemplo, estos días ha cantado el Fausto una señora que ya no sabemos si se llama Massen, ó Maessen, ó Demaessen que todos estos nombres hemos visto escritos.



